

LA TEOLOGIA AL SERVICIO DE LA PALABRA DE DIOS(*)

I. - VIDA Y FUNCION DEL TEOLOGO

¡Servir a la Palabra de Dios!

¿Puede haber mayor ambición en la Iglesia, por no decir en la vida de un hombre? Si bien es cierto que en la Iglesia todo lleva la impronta de esa Palabra, ya que todo comienza en Ella, a Ella se somete y en Ella se resuelve, la función del teólogo está, de un modo muy particular, impregnada de la Palabra de Dios.

Hasta el mismo nombre lo dice: "Theólogos", o sea: "Theou Lógos; es decir: "Palabra de Dios"; o bien "el que sabe de Dios", "el que habla de Dios". Para los primeros Padres de la Iglesia era, también, "el que ve a Dios".

¿Podrán valer un día de cada uno de nosotros, profesores y alumnos, todas estas definiciones del "Teólogo"? ¡Ojalá! No ambicionemos, entretanto, canonizarnos como tales. Ansiemos, sí, hoy, y cada día después, ser más y más *Servidores de la Palabra de Dios* (*Lucas, 1, 2*).

¡Servidores!...

Esta palabra no designa ninguna tarea fácil y cómoda. Ser servidor de la Palabra habla de sudor cotidiano, de esfuerzo constante, silencioso, sacrificado, por merecer de esa Palabra el susurro de una voz.

El teólogo de profesión, lo mismo que el estudiante de Teología, sabe por experiencia, que la Palabra de Dios no se revela fácilmente. En la dispersión psicológica, en el ruido que acompaña fatalmente a la acción —también a la acción apostólica—, la Palabra permanece, de ordinario, taciturna.

La revelación de la Palabra al teólogo es recompensa a un previo, largo y exigente servicio. Exige, primero, el servicio de la oración, constante y llena de fe.

Segundo, pide reflexión científica metódica. Entonces, sí, la Palabra de Dios se confía para ser concebida y tornarse "concepto" en la mente del teólogo.

¿Podría ser de otra manera? Las leyes de la vida son siempre las mismas, y ante situaciones análogas actúan de la misma manera. El calor de la intimidad, la larga espera, la donación gozosa y dolorosa, a la vez, de lo más íntimo del propio ser, son las leyes que presiden

* Clase magistral del presbítero Carmelo Giaquinta al hacerse cargo del Decanato de la Facultad de Teología (28 de agosto de 1972).

la "concepción humana" en el seno de una madre. ¿Habrían de ser otras las leyes que presidiesen la *concepción teológica*, o sea la encarnación de la Palabra de Verdad en la mente del teólogo?

Llegado ese momento de la "concepción teológica", la Palabra de Dios, que es Dueña y Soberana, requiere del teólogo nuevos y renovados servicios. No se dejó concebir en su mente sino para ser dada a luz y regalada a los hermanos. Por ello el teólogo debe continuar sirviendo. Será como el servidor de las parábolas evangélicas.

Vigilante (*Lucas*, 12, 37): o sea, despierto y atento a toda interrogación que le formule el hombre, creyente en Cristo o no. Buen negociador de los talentos recibidos (*Mateo*, 25, 14 s.): es decir, cultivador de la Palabra revelada, perito en las ciencias teológicas, siempre dispuesto al diálogo con sus colegas y con los hombres que cultivan otras ciencias, en orden a buscar siempre nuevos filones de esa riqueza e inventar nuevas aplicaciones de la Palabra salvadora.

Administrador fiel, que reparta a sus hermanos la ración de alimento necesaria en su momento oportuno (*Mateo*, 24, 45), a saber: cumplidor e inventor de tareas múltiples, en favor de sus hermanos, que incluye una gama enorme de actividades; por ejemplo: la enseñanza, paciente y progresiva, en un ciclo básico; la presencia continua en otros ambientes universitarios en orden al esclarecimiento de la verdad humana con la fe cristiana; la actuación circunstancial, incluso polémica, para dilucidar cuestiones que agitan al hombre moderno; la investigación, personal o en equipo, programada y cumplida en la Facultad, etc.; sin excluir, tampoco, el compartir el sacrificio de las tareas directivas, e incluso administrativas cuando las circunstancias así lo imponen.

El teólogo o servidor de la Palabra debe, sobre todo, *ser*, más que *hacer*.

Como dice el Evangelio, debe ser siempre humilde ante la Palabra. ¿Es, acaso, jamás, el servidor superior a su amo? (*Mt.*, 10, 24). Por lo mismo, el teólogo subordina a esa Palabra todo derecho o punto de vista personal, doctrinal o práctico. Sin temor alguno. Porque servir a esa Palabra libera, y humillarse ante Ella exalta. En orden a un mejor servicio a esa Palabra soberana, el teólogo acepta y busca la crítica leal y estimuladora: de los colegas, de los alumnos, de la comunidad universitaria, de la Iglesia local, y de toda la Iglesia Madre.

La alabanza no lo infatua. Después de una jornada trabajosa, e incluso el día en que despunten los frutos, no sobrevalora el trabajo realizado: "Siervo inútil soy —dirá—; he hecho lo que debía" (*Lucas*, 17, 10).

El desconocimiento de los otros por su labor no lo descorazona. ¿No sabe acaso que la Palabra, que él sirve, es como la semilla que el labriego entierra en el surco? Olvidada al parecer, su labor se mani-

fiesta, como se manifiesta la semilla sembrada: “Duerma o se levante, de noche o de día —dice poéticamente san Marcos en su Evangelio—, el grano brota y crece, sin que el campesino sepa cómo” (*Mc.*, 4, 27). Así también la labor del teólogo.

La contradicción, la crítica fútil, no lo conmueve ni le hace poner en duda el valor de su labor. ¿Se pretende en la Iglesia otra cosa del teólogo—servidor de la Palabra que ser hallado fiel? (*I C.*, 4, 2). A san Pablo, el gran anunciador de la Palabra, le bastaba la buena conciencia de su fidelidad.

Al teólogo, dispuesto a continuar y renovar su servicio a la Palabra divina, están dirigidas estas palabras de la Palabra encarnada:

“El que me sirva, que me siga,
y donde yo esté, allí estará también mi servidor.
Al que me siga, el Padre le honrará”.

(*Juan 12, 26*)

¿Se puede ambicionar mejor recompensa?

Podríamos seguir largamente meditando sobre la naturaleza y exigencias del servicio a la Palabra de Dios por parte del teólogo. Baste, esto, como primer cuadro de referencia, desde el cual interpretarnos recíprocamente, profesores y alumnos de esta Facultad. Así los interpreto yo hoy a ustedes. Ojalá merezca mañana yo ser interpretado por ustedes así.

II. — LA TEOLOGIA, HOY

Para entender mejor nuestro servicio cotidiano en la Iglesia, que es la Teología, mirémosla ahora a Ella misma.

1. “VERBUM CARO” (JUAN 1, 14) O LA CUESTION DE LA “TEOLOGIA ENCARNADA”

Lo primero que nos sugiere la reflexión sobre qué es Teología, es que Ella —Palabra de Dios pensada y proferida por el teólogo—, guarda una cierta analogía con el Verbo de Dios hecho carne.

O sea, la Teología es una Palabra de Dios para ser hecha.

Primero, ya lo dijimos, debe ser hecha en la mente del teólogo. Pero no basta. ¿En la vida personal del teólogo? Por cierto. Deseo, sin embargo, referirme a otra dimensión de esta “realización” o “encarnación” de la Palabra de Dios.

La Teología es una Palabra que, además de tener que ser hecha o realizada por el creyente en su vida de cada día, necesita para ser hecha de esa vida cotidiana. O tal vez, más claro: la vida cotidiana necesita la Palabra de Dios; exige que se haga Teología.

La Teología cristiana no es contemplación pura de una Palabra que hubiese permanecido en el seno de la divinidad. La Palabra de

Dios que conocemos es Cristo. Verbo de Dios es El; “resplandor de su gloria e impronta de su esencia” (*Hebreos*, 1, 3). Pero jamás lo habríamos conocido de haber sido sólo tal.

El es, además, la Palabra por la que Dios hizo el universo, cuya recóndita presencia lo sostiene todo (*Hebreos*, 1, 2-3).

Es, en fin, palabra inefable proferida desde siempre en el seno de Dios (*Juan*, 1, 18), pero que se ha hecho audible en la historia de Israel, y en la persona de Jesús:

“De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo...”.
(*Hebreos* 1, 1-2)

La Teología, en consecuencia, o reflexión de la Palabra de Dios, no es la formulación de verdades absolutas, en cuento tales, cual otros tantos teoremas sobre Dios.

Es la formulación de la Verdad, dicha y dada por Dios al hombre, en su Hijo Jesús, destinada a guiar su transitar histórico por este mundo y desentrañar su sentido.

No pura Teodicea, por tanto, o justificación racional de Dios. Tampoco Antropología pura, o desciframiento del hombre desde el hombre mismo; sino *Teología*, o sea Palabra y Verdad salvadora, por la que Dios sigue hablando al hombre moderno.

Insisto. La Palabra que Dios nos ha revelado no ha sido una simple “hierofanía”, o el develamiento de su sagrado Ser que hubiese permanecido distante de nosotros, cual se imaginaba en las religiones místicas, en las sectas gnósticas, o en las herejías cristianas monofisitas.

La Revelación de la Palabra de Dios ha sido una “Epifanía”; o sea: Dios se manifestó “sobre-viniendo” (*ἐπι-φαίνομαι*) al hombre; y esto de verdad:

- en la Creación, primero, desde la hora inicial y aún hoy a cada instante;
- luego en la historia de Israel;
- por último, plenamente, en la persona de Jesús.

En verdad, “la Palabra de Dios se hizo Carne” (*Juan*, 1, 14).

¡Misterioso este Dios que viene a hablar al hombre! ¡Misteriosa también su interlocutora la Carne humana! Dios, que con su Palabra poderosa llama a las cosas que no son como si fuesen, la llamó desde la nada. Ahora ella no puede menos que clamar por esa Palabra de Dios.

¿No hemos oído, una vez siquiera, ese rumor interior, incesante, confuso como el oleaje de un mar embravecido?

Es nuestro ser que clama por oír una palabra que sea Palabra.

Nacidos de la Palabra de Dios, necesitamos de Ella. Sin Ella no

sabemos ni qué somos ni a dónde vamos. Sin Ella la vida es un doloroso morir. Sin Ella nuestras palabras son vocalizaciones sin sentido, aturdidoras.

“Irrequietum est cor nostrum Domine
—exclamaba el gran Agustín, cuya conmemoración hoy
celebramos—,
et non requiescet
donec requiescat in Te!”.

“¡Inquieto está nuestro corazón, Señor! ¡Y no descansará hasta que descanse en Ti!”.

La Teología no es un pasatiempo piadoso para gente escapada de la historia. Es la historia misma la que nos reclama Teología. Hoy más que nunca. Sin ésta, aquélla no se construye. Porque sin Palabra de Dios, el devenir humano es pura sucesión de anécdotas: curiosas unas, escalofriantes otras, intrascendentes las más; un devenir que es sólo un eterno retorno a lo mismo: guerra, hambre, injusticia, odios raciales, religiosos, sociales. . .

La Teología que cultivamos no será tal si no incide en la Historia.

A la Palabra de Dios la conocimos porque se encarnó. La Iglesia reconocerá que la que cultivamos y enseñamos es “Teología” verdadera, o sea, Palabra de Dios repetida de modo inteligible al hombre de hoy, si se encarna. O sea: si incide en la realidad cotidiana; si esta realidad es iluminada por ella; y si de ésta aquélla toma día a día motivo de reflexión y estudio.

Sé que es fácil decirlo. Pero muy arduo el realizarlo. Estar atento cada día al cuestionamiento que se hace el hombre moderno, considerado éste tanto como individuo cuanto como sociedad; ensamblar, adecuadamente, en la enseñanza, las cuestiones filosóficas para iluminarlas con la fe; asumir del lenguaje humano las categorías más adecuadas para la formulación teológica; iluminar la praxis pastoral de la Iglesia y orientar la vida cristiana: son todas exigencias que pesan sobre el teólogo, de las que nadie lo exime. Nosotros, trabajando solidariamente, ampliando gradualmente el Cuerpo docente, lograremos, con la gracia de Dios, cumplirlas.

2. “LA REALIDAD ES EL CUERPO DE CRISTO” (COL. 2, 17) O LA CUESTION DEL “LOCUS THEOLOGICUS”

Puede, quizá, insinuarse aquí, angustiada, una pregunta: La atención de las múltiples tareas que aguardan acuciantes al teólogo, ¿hará que éste conciba ahora la Teología como pura fenomenología religiosa?

¿Será la praxis pastoral inmediata, la filosofía del lenguaje, las cuestiones filosóficas modernas, las situaciones culturales y políticas

urgentes, etc., serán estos problemas o ciencias los que dicten los principios, métodos y conclusiones a la Teología hoy? ¿Será algún otro aspecto de la realidad humana?

¡De ninguna manera!

No habría Teología si Dios no hubiese proferido su Palabra, y la Palabra de Dios encarnada es el alfa y la omega de la realidad humana. Sin ella, ésta no existe. La Palabra de Dios, trascendente a la realidad creada, e immanente a la misma desde la Encarnación, es el núcleo más íntimo y real de la misma:

“Imagen de Dios invisible
—canta san Pablo, en la carta a los Colosenses—,
Primogénito de toda la creación
porque en él fueron creadas todas las cosas,
en los cielos y en la tierra,
las visibles y las invisibles. . .
Todo fue creado por El y para El,
El existe con anterioridad a todo
y todo tiene en El su consistencia.
El es también Cabeza del Cuerpo de la Iglesia:
El es el principio,
el Primogénito de entre los muertos,
pues Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la plenitud
y reconciliar por El y para El todas las cosas”.

(Colosenses 1, 15-20)

Por ello, nuestro compromiso de teólogos con la realidad humana que nos circunda, parte desde el núcleo más real de la misma: Cristo.

No aceptamos nosotros la división: realidad humana por una parte, Palabra de Dios encarnada, por otra.

Sí, aceptamos, en cambio, esta distinción de san Pablo:

“Todo [el resto] es sombra,
la realidad es el cuerpo de Cristo”.

(Colosenses, 2, 17).

Sí; todo es sombra, no platónica, sino carnal, que se duele de su inconsistencia y clama por ser plenificada de la realidad, que no es otra que Cristo.

Al hablar de la Teología encarnada y de su método para abordar la realidad, a cuyo servicio ha de estar, conviene hacer una distinción importante: método didáctico de la teología moderna y método teológico.

a) *Método didáctico*

Por el primero queremos apuntar aquí, brevemente, a un método muy conforme a cuanto dijimos sobre la Teología encarnada y al que

es sensible el hombre moderno: el método inductivo. Por dicho método, el profesor, asume, sabiamente, una cuestión humana real dada; incluso se sirve para su recto planteo del método científico propio de otras ciencias, y la expone de tal modo que muestre la honda exigencia de salvación que hay en esa realidad humana, para iluminarla luego con la Palabra de Fe.

Es éste un método, repetimos, muy conforme con la Teología. ¿La Palabra de Dios, acaso no asumió la condición humana, y luego, junto a ella y desde ella, le hizo sentir el hábito de su voz vivificante? “Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida” (*Juan*, 6, 63).

Este método didáctico, al que nos referimos, no es novedoso. Es el método del kerigma apostólico a los gentiles; es el método de la primera filosofía cristiana, de Justino, del gran Orígenes; de los Santos Padres; en general, un método usado siempre por el mejor pensamiento cristiano.

Es de desear que, sin desechar apriorísticamente el método deductivo, este método se afiance más y más en la enseñanza de la Teología. El intercambio de experiencias en este sentido entre colegas será interesante y aleccionador.

b) Método teológico

Pero si hablamos del “método científico” de la Teología propiamente dicho, y —como lo hacemos al hablar del método de las otras ciencias— incluimos en él: los principios previos, los caminos de investigación y las conclusiones propias, es evidente que la Teología tiene su método propio.

En razón de esto la Teología puede ser considerada “ciencia”. Y lo es de modo eminente. Por ello, además, es invitada al diálogo con los hombres, aun por los no creyentes de buena voluntad. Si no ¿cuál sería su aporte?

El principio capital, el instrumento de investigación insustituible, la conclusión básica de la Teología, todo lo cual le da a ésta su método propio, no es otra cosa que la Persona de Jesucristo.

La consideramos a ésta en sus múltiples facetas: trascendente en el seno de Dios, historizada en Jesús Nazareno, metahistórica por la resurrección.

Es esta Persona, considerada plenamente, la que nos ayuda a distinguir los diversos aspectos de la realidad, sin dividirlos, y, más bien, colabora a integrarlos: trascendencia e inmanencia; creación y salvación; libertad y gracia; pasado y futuro.

No negamos, de ningún modo, que las cosas tengan mucho que decirle a la Teología. ¿No está, acaso, en ellas la elocuente Palabra de Dios, dándoles sentido y consistencia? Pero, sí, afirmamos, la primacía de la Palabra de Dios, de Cristo, sobre las cosas. Pues ellas, por la Palabra fueron creadas y por la Palabra son re-creadas cada día.

El "Locus theologicus" (lugar teológico), como se suele repetir hoy día, o sea la cantera donde labrar la verdad teológica, es, por lo tanto, primeramente Cristo. Luego, por participación de El, toda la realidad: la eclesial y también la mundana.

La Iglesia primero; su tradición apostólica; sus Escrituras; su magisterio constante y renovado; su liturgia; la fe de su pueblo.

El mundo también: la creación; el trabajo humano; "los signos de los tiempos"; discernidos por la fe.

3. "RECAPITULAR TODO EN CRISTO" (EFESIOS 1, 10) O LA CUESTION DE LA "TOTALIDAD" COMO CRITERIO TEOLOGICO PRIMORDIAL

Podríamos seguir discurriendo y referirnos cómo no hay Teología si no a la luz de la totalidad del misterio de Cristo. No es El un Dios que nunca llegó al hombre. Ni es El un hombre, un superhombre, que nunca arribó a Dios. Es el "Dios-hombre": la gran novedad de la historia, en quien Dios tuvo a bien recapitular todo.

Desde su aparición y vida entre nosotros es posible un Hombre Nuevo, porque Cristo asumió, en su Plenitud, la pequeñez o parcialidad de nuestro ser humano; hizo así estallar sus límites y lo salvó. Desde entonces, también, es posible un pensamiento nuevo, porque nuestro lógos interior, que puja dolorosamente por abrirse camino hacia la Verdad "per distinctionem et compositionem", tiene ahora la garantía del Verbo de Dios. Y nuestras palabras que pasan ("verba volant") pueden fundamentarse ya en una Palabra firme ("Verbum caro factum est").

Esta realidad única que es Cristo, desborda nuestro pensamiento. ¿Qué hay semejante a El para poder compararlo? Nada. Nuestro entendimiento se encuentra ante un desafío desconocido. De allí las parcializaciones ("Hereses") constantes, a través de la historia cristiana, del misterio de Cristo, y de sus realizaciones en la Iglesia. No hemos de alarmarnos por ello. ¿No nos encontramos, desde la primera hora apostólica, con quienes negaban su carne humana y con quienes negaban su naturaleza divina?

"Ese es el Anticristo —escribía san Juan en su primera carta refiriéndose tal vez a Cerinto— el que niega al Padre y al Hijo" (*I Jn.*, 2, 22).

"Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios" (*I Jn.*, 4, 2-3), escribía nuevamente san Juan, refiriéndose a los docetas.

Podríamos hacer la historia del pensamiento cristiano y veríamos cómo, con frecuencia, el teólogo optó por uno u otro aspecto del misterio de Cristo. Es la historia de las herejías doctrinales: Arrio vs. Eutiques. Opción por el "hombre" o por "Dios". Falsa opción. La única opción posible es por la "totalidad" del "Hombre-Dios". Otra opción

es inservible, mortal para el pensamiento humano. En ese caso, en vez de Teología se hace Dialéctica; en vez de verdad salvadora se proponen fantasías de laboratorio.

La opción parcial del teólogo es fatal. Pues sabemos que el pensamiento no es un puro juego dialéctico. Es realidad e incide en la historia, conduce la acción del hombre. El pensamiento del teólogo también incide en la pastoral de la Iglesia.

Podríamos, junto a la historia de las herejías cristológicas, hacer la de las herejías esclesiológicas, de las herejías pastorales, de las herejías éticas.

Me pregunto si en las tensiones de la Iglesia de hoy no se contraponen inconscientemente con frecuencia dos teologías parciales, dos pastorales parciales: Eutiques vs. Arrio; Jansenio vs. Pelagio; Dios vs. hombre.

Hacemos nuestra única opción posible: *Cristo todo, Dios hombre.*

Confiamos que nuestra Teología será así mejor inspiradora de una auténtica pastoral. Verdadera Servidora de la Palabra de Dios.

CARMELO GIAQUINTA